

Alexis: El Prisionero del Espejo.

-¡Qué sí, mamá, ya voy!- Iván puso los ojos en blanco ante la insistencia de su madre, que le había mandado a por los adornos de Navidad hacía diez minutos. Sin embargo, no era culpa suya tardar tanto. El desván de su casa estaba abarrotado de cajas llenas de objetos fascinantes, y era imposible no entretenerse husmeando entre los viejos juguetes de sus madres y los proyectos de ciencias de su hermana mayor.

Tras cerrar un baúl que contenía varios abrigos y vestidos antiguos, tropezó con una tabla levantada del suelo y tiró una pila de cajas que había junto a la pared. Por suerte, estaban vacías.

El derrumbamiento dejó al descubierto un espejo de cuerpo entero apoyado en el muro que Iván no había visto nunca. El marco del curioso espejo estaba hecho de oro y tenía varios grabados en un idioma que el niño no reconocía. Pero, lo más extraño de todo era que el muchacho que le devolvía la mirada no era él.

Iván era delgado y bastante más bajo de lo normal para su edad, por lo que no aparentaba los once años que tenía. Además, su pelo era oscuro y sus ojos azules, y su piel tenía un tono muy pálido debido a que se pasaba los días encerrado en su casa jugando con la consola.

El chico del espejo era todo lo contrario. Alto, y de compleción atlética, parecía capaz de partir el objeto en el que estaba metido por la mitad sin apenas esfuerzo. Su pelo era rubio y tenía los ojos marrones. Por si fuera poco, estaba muy moreno, cosa que parecía contradecir el hecho de que se había pasado quién sabe cuánto tiempo detrás de un montón de cajas y en una buhardilla con las persianas bajadas.

El desconocido levantó la mano y la acercó al cristal, como si quisiera atravesarlo. Atraído por la curiosidad, Iván levantó la suya para unirla con la del



prisionero del espejo. En el momento en el que la palma de su mano entró en contacto con la del chico, este último se aferró a ella y trató de introducirlo dentro de su celda. Gritando de terror, él tiró hacia atrás en un intento de huir.

Estuvieron así durante varios segundos, tal vez un minuto. A pesar de saber que no podía ganar, Iván no dejó de hacer fuerza. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero sabía que un tipo siniestro encerrado en un espejo no sería un buen compañero de juegos.

Con la poca energía que le quedaba, pegó un último tirón y, de pronto, la presión que había en su mano se aflojó hasta desaparecer.

Jadeando, se tumbó en el suelo y se tomó unos segundos para pensar en lo que acababa de pasar, hasta que le asaltó un duda y se irguió rápidamente, abriendo mucho los ojos que previamente habían estado cerrados. ¿Por qué nadie había subido a ver lo que ocurría? Debían de haber armado un gran estruendo. Era imposible que no hubieran oído nada.

Lentamente, volvió la vista al espejo que, esta vez, sí le devolvía su reflejo.

Había escapado.

Temiéndose lo peor, Iván bajó las escaleras corriendo para encontrarse a su madre paralizada al borde de la misma, probablemente dirigiéndose a ver por qué su hijo tardaba tanto.

Un portazo sacó a Iván de su ensimismamiento. Al salir a la calle, estuvo a punto de chocarse con su hermana, que volvía de hacer la compra.

- ¡Iván! Oye, ¿ese chico era amigo tuyo? Casi me tira al suelo, ha salido como una bala. – Dijo la chica con el ceño fruncido.
- ¿Por dónde se ha ido, Edurne?
- Por allí, - Respondió esta, señalando a su izquierda- pero, ¿por qué...?
- ¡Te lo explico luego! – Exclamó su hermano, que ya había salido corriendo en la dirección que le había indicado.

No sabía por qué le perseguía. Podía llamar a la policía y ya está, pero algo le decía que no le tomarían muy en serio si decía que un chiflado había salido de un espejo de su desván y había dejado como estatua a su madre.

Un grito que venía del interior de la biblioteca municipal alertó al chico. Rápidamente, empujó la gran puerta de madera del edificio y siguió el sonido de las voces aterradas, que le condujeron a la sección infantil.

Los niños corrían en todas direcciones tratando de esquivar los rayos de luz morada que salían de las manos del fugitivo. Cada vez que alguien era alcanzado por uno de ellos, se quedaba inmóvil en la posición en la que se encontraba, exactamente igual que su madre.

Cuando el (ahora) prisionero del espejo reparó en la presencia de Iván, dejó de atacar al resto de la gente (que salió huyendo) para centrarse en él. Solo el bibliotecario se quedó allí, pero el muchacho estaba demasiado ocupado tratando de evitar convertirse en una estatua como para darse cuenta. Por suerte, el otro tampoco lo vio.

Llevaban varios minutos corriendo entre las estanterías cuando a Iván se le ocurrió una idea. Cogió el libro más grueso que vio y esperó a que su perseguidor diese la vuelta alrededor de la estantería tras la que se ocultaba para darle con él en la cabeza.

Esto debió pillarle por sorpresa, porque se cayó al suelo, inconsciente.

- ¡Ya era hora!- Dijo una voz por detrás de él.- ¿Cómo has podido tardar tanto en dar con un plan tan brillante?

Al girarse, Iván vio al bibliotecario, que le miraba como si fuese estúpido (cosa que probablemente fuera cierta, teniendo en cuenta que había liberado a una especie de brujo que debía de llevar un montón de tiempo metido en una prisión mágica).

- Oiga, puede que le resulte extraño, pero ser perseguido por alguien que intenta convertirte en una estatua distrae un poco. – Replicó el menor.- Además, no he visto que haya hecho ningún esfuerzo por ayudar.
- Se supone que debes hacerlo tú solo, está en el Manual. – Contestó el hombre como si fuera obvio. – Ahora ayúdame a meterlo ahí.

Señaló el baño con la barbilla.

Después de encerrarlo, pusieron una silla bajo el pomo de la puerta para evitar que pudiera abrirla cuando se despertara.

- Vamos, eso no podrá retenerlo durante mucho tiempo, encontrará una forma de salir. – Dijo el anciano, al mismo tiempo que se dirigía a la sección de enciclopedias. Tiró de una titulada: *El átomo: descubrimiento e historia* y la estantería se hizo a un lado dejando ver un pasadizo descendente y oscuro.

Comenzaron a bajar las escaleras, alumbrándose con la linterna del móvil. Cuando llegaron abajo, la decepción invadió a Iván. Más libros. Eso era todo lo que había.

El hombre subió por una de las escaleras de mano que había para buscar algo en una de las baldas más altas, ya que no debía de medir más un metro sesenta.

- ¡Aquí está! –Exclamó al encontrar el volumen que buscaba. Era un libro enorme con las tapas moradas y el título escrito en letras plateadas. Iván se dio cuenta de que se trataba de un texto escrito en el mismo idioma que los grabados del marco del espejo. Sin embargo, el bibliotecario parecía entenderlo perfectamente.

El octogenario parecía muy concentrado en su lectura, pero Iván tenía mucha curiosidad por saber lo que ocurría, de modo que preguntó, por muy mal educado que pareciese.

Sin levantar la vista de su lectura, el anciano respondió:

- En la Antigua Grecia, los dioses se encargaban de proteger a los humanos. Sin embargo, esto les ocupaba gran parte de su tiempo, ya que la humanidad tiende a ser belicosa y destructiva. Hartos de tener que pasarse los días asegurándose de que no se

mataban unos a otros, decidieron cargar a otro con la tarea. Seleccionaron al hombre más competente de la Hélade y le otorgaron la inmortalidad y los poderes mágicos necesarios para evitar las guerras. Lo llamaron Alexis, o *El Protector*.

>>>Desgraciadamente, Alexis terminó desarrollando una personalidad malvada, e intentó dominar el monte Olimpo. Por ello, fue encerrado en diferentes objetos a lo largo de la historia, ya que cada doscientos años aproximadamente, logra escapar y trata de tomar el control del lugar en el que se encuentra en ese momento.

- Pero, ¿por qué ha venido a la biblioteca?- Cuestionó Iván.
- Porque debía destruir los libros de conjuros en los que están las instrucciones para encerrarlo. Y, hablando de eso, el Manual dice que si no lo encerramos de nuevo en menos de cuarenta y ocho horas, se irá volviendo más fuerte cada vez y será imposible derrotarlo, así que vamos.- Contestó el hombre, lanzándole la cada de un puzle de cinco mil piezas.
- ¿Y esto?
- Así, la próxima vez, tendrá que esperar a que el puzle esté hecho para poder salir y, créeme, es difícil.- Fue la respuesta que obtuvo.

Encogiéndose de hombros, siguió al anciano escalera arriba.

Una vez en la cima, Iván vio como la puerta del baño temblaba.

- Bien, cuando salga, sujeta la caja por encima de tu cabeza, y no te muevas, por muy duro que sea quedarte quieto. – Instruyó el mayor.

En ese momento, la puerta explotó. Iván hizo lo que le habían pedido y el bibliotecario comenzó a recitar unas palabras extrañas.



Alexis comenzó a ser absorbido por la caja como si de una estrella devorada por un agujero negro se tratase y, cuando finalizó con su cántico, había desaparecido por completo.

Todo había terminado, al menos, durante los próximos dos siglos.